

El *Monitor* tomó entonces decididamente el partido de los jóvenes y los defendió contra el calificativo insultante de *petimetres*; los jóvenes de la primera leva no eran *petimetres*, sino que, en su gran mayoría, eran «fuertes cerrajeros, negros forjadores, robustos obreros» que habían hecho, dentro y fuera, todo cuanto podía pedirse en defensa de la patria. Los anarquistas que les colmaban de insultos lo hacían porque comprendían perfectamente que no podrían nunca destruirlo todo, mientras tuviesen en contra suya a los jóvenes franceses. Los fusilamientos y las ejecuciones en masa no habían comenzado hasta después de haber partido estos jóvenes a reunirse con el ejército: la experiencia había demostrado que aquella primera leva había significado más el deseo de sacrificar a la juventud francesa que el de defender la patria. «¡Dios quiera, oh jóvenes, que podáis velar sin cesar! Un esfuerzo más y la patria está salvada (1).» Freron, fanático maratista, creyó entonces conveniente buscar el favor y la compañía de los que destruían el culto de Marat, y el día 1.º de marzo pronunció en la Convención un discurso lleno de alabanzas para el club de los jóvenes, en el cual reconoció la expresión más clara de la opinión pública del pueblo francés. Desde entonces fué considerado como el jefe del partido de los jóvenes, que recibió el nombre de «ejército de Freron.» Esta corporación fué, en realidad, más que el ejército de Freron, la guardia de corps de la Convención, guardia que esta supo aumentar hasta hacerla alcanzar un contingente de algunos millares de hombres, gracias a los llamamientos que hacía a los que servían en el ejército. A ella se debieron importantes servicios con ocasión de los repetidos levantamientos de los jacobinos.

Confiada en este apoyo, atrevióse la Convención, en la primavera de 1795, a romper abiertamente con los anarquistas. Este rompimiento fué preparado por el llamamiento de los setenta y tres girondinos (9 de marzo) que habían sido desterrados por los vencedores de 31 de mayo, y consumado, por una parte, por medio de una ley de rebelión (2) que amenazaba con la pena recientemente inventada de deportación a los reos de una serie de nuevos delitos políticos (21 de marzo), y por otra por la ratificación de los tratados de paz, con los cuales la comisión de Salvación pública puso fin a la política de las destructoras guerras jacobinas contra la Europa monárquica. Mientras de esta suerte procuraba aquella asamblea regenerarse moral y materialmente, desarrollóse de repente en algunos de sus miembros una actividad de que nadie les hubiera creído capaces. Sieyès fué quien primero creyó que la atmósfera estaba suficientemente despejada para romper por fin el silencio que durante tanto tiempo había guardado. En febrero de 1795 publicó una *Noticia sobre la vida de Mr. Sieyès* de la que pronto habló la prensa diaria. El día 8 de marzo abogó con energía en la Convención por el regreso de los desterrados (3), y en 21 del propio mes, como ponente de la ley de rebelión, anatemizó con duras palabras «a la raza criminal, a la despreciable canalla de los anarquistas, cuya perversa conducta durante tanto tiempo había sido tolerada (4).» Pero ni en aquel escrito ni en este discurso se encuentra una contestación satisfactoria a la pregunta que Richer-Serisy, en su *Acusador público*, había dirigido al autor de la *Noticia*, a saber: «¿Qué hacías tú en los días de sangre y de lágrimas? ¿Con qué derecho te pavoneas ahora delante del público (5)?»

(1) Artículo preliminar, del 2 de marzo de 1795. Schmidt, I, páginas 277-278.

(2) *Hist. parl.*, XXXVI, págs. 243-246.

(3) *Francia en el año 1795*, I, págs. 161-165.

(4) *Francia en el año 1795*, I, pág. 291.

(5) *Hist. parl.*, XXXVI, págs. 194-197. Al final del artículo se

Lo único indiscutible era que la atmósfera que a la sazón daba al prudente abate valor suficiente para hablar, se presentaba tan determinada como la que le había inducido a guardar tan largo silencio. La causa de los anarquistas estaba irremisiblemente perdida, pues ya no tenían enfrente a un partido sino a todo un pueblo, y les era imposible restablecer su poder político y su consideración moral. Así hubieron de comprenderlo en abril y en mayo de 1795. El ataque en 1.º de abril (12 germinal) intentado por ellos contra la Convención fué enérgicamente rechazado, pues el «ejército de Freron» con su ardimiento arrastró a toda la burguesía. El final de la jornada fué la victoria completa de la Convención, ganada por el general Pichegrú; los vencidos no lograron más que la prisión de los que les habían instigado, los diputados Duhem, Levasseur, Leonardo Bourdon y Moisés Bayle, y que se decretara la deportación de Collot, Billaud, Barrere y Vadier, acto arbitrario de una política de violencia que había de servir de ejemplo funesto (6).

En 20 de mayo (1.º prairial) intentaron los anarquistas un nuevo y más vigoroso ataque, el cual ocasionó la muerte del diputado Feraud y el salón de sesiones se vió invadido hasta la noche por turbas cada vez más numerosas de sublevados. En la lucha decisiva que se trabó, cubriéronse de gloria los jóvenes de París, dirigidos por Malo, Dietrich (hijo del alcalde asesinado de Estrasburgo), Martainville y Jullian; el combate, después de varias alternativas, terminó en la tarde del 23 de mayo con la rendición del arrabal de San Antonio.

Con menos ruido que en el interior, habíase consumado en el exterior el rompimiento con la política jacobina.

La comisión de Salvación pública había cambiado material y moralmente de un modo extraordinario; la Convención, al reformarla en 1.º de setiembre de 1794, la había organizado con doce individuos que debían ser elegidos cada cuatro meses: el día 15 de cada mes cesaba en sus funciones la tercera parte de ellos, que al cabo de un mes podía ser reelegida. Entre los individuos que a la sazón entraron a formar parte de ella figuraba Merlin (de Douai), que era sin disputa el más hábil diplomático de todos y que fué el que, con una corta interrupción y auxiliado primero por Cambaceres y luego por Rewbell, llevó, desde el principio hasta el fin, las negociaciones con Prusia. La idea que presidió en la gestión de los negocios extranjeros, y especialmente en la política alemana, nos es conocida por una memoria en la cual se confiesa públicamente que la República no puede hacer cosa mejor que reanudar la diplomacia de los reyes tal como existió hasta 1756, es decir, antes de concertar la desatentada alianza con Austria y contra Prusia (7). En esta memoria del mes de setiembre de 1794, en que se trataba de la división de las secciones de la comisión, encontramos los siguientes importantes párrafos: «El departamento de Negocios extranjeros era, en la antigua monarquía, el único que estaba bien administrado. Desde Enrique IV hasta el año 1756 los Borbones no cometieron una sola falta grave. Desde Enrique IV hasta el Regente, los reyes ó los primeros ministros estaban encargados de la dirección de los negocios extranjeros: ellos eran los que leían y firmaban de su propio puño y letra los despachos. El ministro era simplemente un escribiente, un

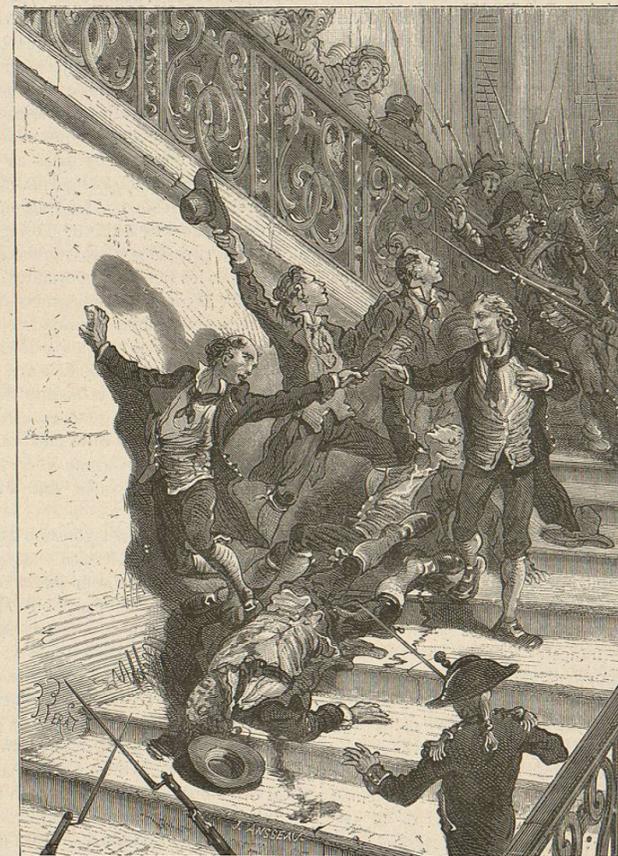
decía: «Cae de tu pedestal, Sieyès: ídolo ridículo, vuelve al polvo de donde nunca debieras haber salido; ordena a tus sacerdotes deshonrados y páfidos que hagan mas espeso el velo con que se cubren; solo a este precio consiento en no echarme ó los la sangre inocente.»

(6) En la tumultuosa sesión del 5 prairial fué temporalmente reproducido este decreto, que se ejecutó en las personas de Billaud y Collot; Vadier y Barrere huyeron. Sobre este decreto, véase Helie: *Les constitutions de la France*, págs. 430-432.

(7) Véase F.

secretario de Estado a las órdenes del soberano. Este soberano era el heredero de ciertas tradiciones de su familia, de ciertos principios fundamentales que fueron los puntos de partida de los propósitos ambiciosos de la casa de Borbon para perjudicar a las potencias rivales. Nuestros tiranos no se apartaron nunca de estos principios fundamentales, y fortalecidos por la actividad nacional, consiguieron dar a Francia aquella extensión que en el exterior la elevó a la categoría de la más temible potencia de primer orden. En todas

nuestras guerras la adquisición de una nueva provincia era el premio de nuestra política ó del empleo de nuestra fuerza (1).» Tal era la idea que la comisión en masa y especialmente Merlin tenía formada de la manera de cumplir los deberes de su cargo. Para el despacho de la correspondencia con Prusia, contaba con un inteligente jefe de sección, Reinhard, de origen wurtembergués, de quien dijo posteriormente Talleyrand: «El estudio de la teología le ha dado una fuerza y al propio tiempo una ductilidad que se descubren en todos



La sublevación de prairial

os documentos emanados de su pluma (2).» Pero de mayor importancia que todas las tradiciones de la antigua política de gabinete, por un lado, y que todos los consejos de hombres expertos, por otro, fueron las brillantes victorias militares que demostraron la superioridad que las armas francesas tenían sobre las de todos sus enemigos. Los patriotas franceses sentían vértigos de entusiasmo al contemplar el otoño de 1794 y el agosto de 1793, y al comparar la floreciente situación alcanzada después de la reconquista de Bélgica con la del año anterior, después de la derrota de Dumouriez y de la caída de Condé, Maguncia y Valenciennes, y durante la guerra civil de la Vendée y las luchas de Marsella, Lyon y Tolon. La conciencia de la propia fuerza es lo que da ánimo

(1) Sorel: *La paix de Bâle*, en la *Revue historique*, VI, 1878, página 30.

(2) Sorel: *La paix de Bâle*.

y aliento a la diplomacia, y esta conciencia la tenía en alto grado la comisión de Salvación pública del año III, a pesar de toda la anarquía que reinaba en el interior del país. La tarea que le correspondía era la más grata de todas, pues consistía en fijar los resultados de una larga serie, no cerrada todavía, de victorias en tratados en cuyas negociaciones y en cuya firma todas las ventajas estaban de parte de Francia. Esto es precisamente lo que se debe tener siempre presente al estudiar la historia de la tan cacareada paz de Basilea; esta paz era un tratado entre la fuerza y la impotencia: la fuerza era Francia, la impotencia Prusia.

No fué obra de la casualidad el hecho de que las primeras negociaciones y la conclusión del tratado de paz se llevaran a cabo en territorio suizo. La embajada que la República sostenía en Suiza era la única que podía hacerla entrar de nuevo en el concierto europeo, pues en ella se recogían to-

das las noticias del campamento de los coligados y en aquel suelo neutral podían celebrarse con toda libertad conferencias secretas que en otra parte hubieran sido imposibles.

El embajador de Francia en Suiza, Francisco Barthelemy, era hombre á propósito para encauzar lo que el terror había desviado (1). Habiendo nacido en Aubusson, en 20 de octubre de 1747, contaba entonces cuarenta y siete años; sobrino del célebre autor de los *Viajes del joven Anacarsis*, había entrado en la carrera diplomática por su amistad con el duque de Choiseul, habiendo representado, desde 1768, á Francia en Suecia, Viena y por último en Londres, y se encontraba, desde el 2 de febrero de 1792, en Suiza, donde había desempeñado las funciones de ministro y desempeñaba á la sazón las de embajador. Este hombre poseía en alto grado las cualidades que la comisión de Salvación pública consideraba inapreciables cuando apelaba á algun individuo para hacerle servir de mediador entre la nueva Francia y la antigua Europa, á saber: conocimiento profundo de las cortes y de los gabinetes; completo dominio de las formas del trato social y oficial, y ardiente entusiasmo por una política nacional de su patria, política que no había visto ni en la guerra de destrucción de los jacobinos ni en las tradiciones posteriores á 1756. Barthelemy tenía su residencia en Baden (departamento del Aar), donde hacía una vida completamente tranquila, sabiendo distribuir perfectamente su tiempo entre el trabajo durante el día y una sociedad agradable por la noche.

Otro agente tenía además la Francia en el alsaciano Bacher (2), que habiendo nacido, en 1748, en Thann, había pasado su juventud y hecho su carrera militar en Berlín. De entonces databan el entusiasmo que sentía por Federico el Grande y su amistad con el príncipe Enrique y con otros muchos personajes ilustres, amistad que tan útil debía serle posteriormente. Desde el año 1777 hasta la llegada de Barthelemy fué agente diplomático en Suiza, y en 1793 fué destinado á Basilea con el empleo de secretario é intérprete de la República y con el encargo especial de vigilar la neutralidad de Suiza, de observar los movimientos de los ejércitos enemigos, de dar á los generales franceses las oportunas noticias y de mantener activa correspondencia con los agentes que servían á la República en Alemania. Por conducto de Bacher recibió la comisión de Salvación pública los datos más directos acerca de lo que pasaba en el seno de la coalición, de los rozamientos continuos entre la política francesa y la política polaca de los coligados, de la lucha que sostenían el ministro y los generales prusianos, partidarios de la paz, con el rey Federico Guillermo que quería la guerra, y de la imposibilidad cada día más patente en que se encontraba este último de rechazar un tratado de paz que le haría salir de una situación doblemente angustiosa (3).

Con Bacher se atrevió el mariscal de campo Mollendorf, que contaba á la sazón setenta años, á hacer, á espaldas de su rey y con una independencia inaudita, un proyecto de paz, que era un ejemplo sorprendente de lo que, confiado en el descontento manifiesto que en el ejército producía aquella guerra, creía poderse permitir entonces un general prusiano. Ya sabemos (4) la interpretación que Mollendorf supo dar al tratado de La Haya para conseguir que el ejército prusiano no prestara á los ingleses los socorros que estos creían haber comprado. La alianza secreta con Francia siguió á aquel rompimiento con Inglaterra, que había sido llevado á

(1) Acerca de este personaje, véase Sorel: *La paix de Bâle*, en la *Revue historique*, V (1877), págs. 272-273.

(2) Sorel, obra citada, págs. 273-274.

(3) Sorel, obra citada, págs. 277-278.

(4) Véase más arriba.

cabo con toda intención. Un tratante en vinos de Kreuznach, llamado Schmerz, portador de una comunicación de Mollendorf, se avistó, á fines de julio de 1794, en Baden con Barthelemy y á principios de agosto con Bacher en Basilea, para hacer saber al primero por escrito y al segundo verbalmente que «los prusianos» estaban dispuestos á entablar negociaciones de paz con Francia, en cuanto pudieran contar con el asentimiento de esta nación (5). A la entrevista de Basilea asistió el burgomaestre de esta ciudad, Ochs, quien, desde entonces, desempeñó el papel de mediador. Bacher escribió á París, en 16 de setiembre de 1794, lo siguiente: «El mariscal de campo Mollendorf me ha enviado un hombre de toda su confianza para participarme que en un consejo de guerra acordaron los austriacos arrojarse, en 1.º vendimiario (22 de setiembre), sobre Tréveris para reconquistar por asalto esta plaza. Se ha invitado á los generales prusianos á tomar parte en esta empresa, invitación que ellos no han podido rechazar en absoluto, pero su emisario ha recibido el encargo de pedirme que manifestara al general Michaud, general en jefe del ejército del Rhin, que los prusianos se limitarían al papel de observadores. El asalto de Tréveris fracasará, según opinión de los prusianos, si los franceses son bastante fuertes para ocupar los puestos importantes que tienen que defender.... Por lo que toca á los prusianos, no se moverán, y de esto puede tenerse una seguridad completa, pero en cambio esperan que no se les obligará á defenderse.... Los prusianos solo combatirán en su defensa, en el caso de que se les ataque (6).» La parte que el cuerpo de ejército prusiano del príncipe de Hohenlohe tomó en el combate que en 20 de setiembre se trabó, con éxito feliz para ellos, en Kaiserslautern, estaba en contradicción con el programa de Mollendorf, el cual supo disculpar este accidente con gran elocuencia.

En octubre cesó el antagonismo que hasta entonces había existido entre el rey de Prusia y los que le rodeaban: Inglaterra y Austria rivalizaron en dar la razón al partido que en la corte abogaba por la paz. Lord Malmesbury declaró en nombre de la primera de aquellas dos potencias (11 de octubre) que no se pagarían los subsidios que estaban por vencer, y entonces, en nombre de Prusia, manifestó el príncipe de Reuss que el rey retiraría el ejército auxiliar de 20,000 hombres, pues que lo necesitaba para la guerra de Polonia. El lenguaje usado en aquella ocasión no daba lugar á duda alguna. El día 16 de octubre envió Federico Guillermo al mariscal de campo Mollendorf la orden de que regresara á Prusia con el ejército y especialmente con los 20,000 hombres que, en virtud del tratado de alianza de 7 de febrero de 1792, se encontraban en el Rhin. Al propio tiempo fué denunciado á los ingleses el tratado de subsidios, y con la retirada de Mollendorf á la orilla derecha del Rhin, quedó Prusia completamente fuera de la guerra.

El día 4 de diciembre Merlin (de Douai) pronunció en la Convención un discurso en el cual dijo, hablando de Prusia, que era indudablemente de todos los Estados el único que en su propio interés podía saludar con júbilo á una gran República surgida entre las ruinas de una monarquía durante la cual se había firmado el «vergonzoso tratado» de 1756, que tan poderoso apoyo había ofrecido á la pérfida casa de Austria. Añadió que pronto vería Prusia que contra la ambición de Rusia, que todo lo ahogaba, no cabía más que un contrapeso, cual era «la paz permanente con Francia y la estrecha alianza con las potencias vecinas del Norte.» Hablando del proceder de los Estados que se inclinaban á la paz, decía

(5) Sorel, obra citada, págs. 285-286.

(6) Bacher á Buchot, 24 fructidor, II, (16 de setiembre de 1794). Sorel, obra citada, págs. 293-294.

textualmente: «Al trazar el pueblo francés con mano triunfante pero noble los límites dentro de los cuales quiere permanecer encerrado, no debe rechazar ningún ofrecimiento que sea compatible con sus intereses, su dignidad, su tranquilidad y su seguridad. Tal es su política, avanzar francamente. Es preciso entablar negociaciones con el enemigo por el mismo sistema con que se le ha combatido, es decir, á la faz del mundo, el cual será testigo de su espíritu de justicia como lo ha sido de sus victorias. Para decirlo en una palabra: allí donde el pueblo francés no crea necesaria la guerra para vengar ultrajes inferidos á su dignidad ó para precaverse contra nuevas asechanzas de la perfidia, allí debe encadenar la victoria y ofrecer la paz.» Este lenguaje era ampuloso, pero era también claro y el que correspondía á la situación que innegablemente había alcanzado la Francia. La invitación que con estas palabras se hacía á Prusia aparecía manifiesta, pero también al decir que no había que esperar renuncia de posesiones de una gran potencia á quien no había podido impedir nadie que las adquiriera, se dejaba entender claramente que para esta la paz no significaba más que la renuncia á nuevas victorias y á nuevas conquistas.

Por lo mismo si Prusia se decidía á proponer la paz á esta potencia, la cuestión principal era para ella la siguiente: ¿Qué haría en el caso de que Francia se negara á devolver y pretendiera seguir poseyendo los territorios alemanes de la izquierda del Rhin que estaba ocupando? Precisamente de esta cuestión no dijo una palabra el ministerio prusiano, cuando, en 8 de diciembre, redactó las instrucciones (1) en virtud de las cuales debía comenzar las negociaciones de paz el antiguo embajador en París, el mayor general conde Goltz. El día 9 de diciembre, es decir, cuando aquellas instrucciones estaban ya redactadas, el ministro Alvensleben planteó por vez primera esta cuestión proponiendo, como indemnización de la inevitable aprobación de aquella inevitable exigencia de Francia, que se tuvieran en consideración dos cosas: primera, una garantía de los territorios polacos poseídos, y segunda, indemnización de las comarcas prusianas de la izquierda del Rhin por medio de la incorporación de los Estados eclesiásticos. A esto contestó el ministro conde Finkenstein, que «esto indignaría seguramente al rey y haría quizás que no quisiera oír hablar más del envío del conde Goltz (2).» Este pretexto produjo el efecto que debía producir. El documento redactado en 8 de diciembre estaba destinado más bien que al conde Goltz al rey, á quien solo podía atraerse á la causa que tan contraria era á sus sentimientos personales haciéndole creer, por lo menos en un principio, que podía obtener la paz no solo sin sacrificio alguno, sino con gran ventaja para su honor y consideración. La gloria de una paz por él conseguida, á la cual debieran su inviolabilidad el reino y la Constitución, debía resucitar de un modo brillante la alianza de príncipes de su tío.

Antes de que Goltz llegara á Basilea había recibido el ministerio, precisamente de esta ciudad y por conducto del secretario de embajada Harnier, la noticia de que la comisión de Salvación pública quería tener conocimiento inmediato de la opinión del rey, y acordó, en su vista, que Harnier fuera en seguida á París para explicarla. El día 18 de diciembre, día en que el referido secretario llegó á Berlín, se le entregaron las instrucciones para que con ellas se dirigiera á París, á donde llegó el 6 de enero de 1795; y desde las primeras conferencias que celebró con la comisión, la mayoría de esta formuló como exigencia inquebrantable la posesión de todos

(1) Ranke: *Memorias del canciller de Estado, príncipe Hardenberg* (Leipzig, 1877), I, pág. 263.

(2) Ranke: *Memorias del canciller de Estado, príncipe Hardenberg*, tomo I, pág. 267.

los territorios de la izquierda del Rhin, juntamente con Maguncia.

Toda la excitación que esta exigencia hubiera podido producir en Berlín desapareció ante la noticia terrible de que el general Pichegrú había conquistado la Holanda y organizado el gobierno de los clubs en todas las provincias, con lo cual se aumentaba de un modo aterrador el poderío de Francia, precisamente en el país que podía considerarse como puerta de entrada de la Baja Alemania. El efecto producido por este suceso se dejó sentir inmediatamente. El día 30 de diciembre, el diputado Boissy d'Anglas leyó en la Convención una memoria sobre los proyectos de paz de la comisión de Salvación pública y robusteció el programa que Merlin había desarrollado en 4 de diciembre, diciendo: «Los peligros que antes nos amenazaban, la necesidad de hacer imposible su reproducción, el ejemplo de la amenazadora Liga que quiso aniquilarnos y que por un momento llevó realmente la desesperación al corazón de la Francia, el deber de indemnizar á nuestros conciudadanos de los sacrificios que les hemos impuesto, el deseo sincero de establecer y hacer duradera la paz, todo esto nos obliga á ensanchar nuestras fronteras, á buscar para estas caudalosos ríos, grandes montañas y el Océano, para asegurarnos anticipadamente y por una larga serie de siglos contra toda invasión y todo ataque (3).»

Este lenguaje no podía sorprender á nadie, pues nada nuevo contenía y la altanería con que se repetía lo que hacía tiempo era sabido se explicaba fácilmente por el triunfo conseguido en Holanda. Los ministros prusianos estaban perfectamente enterados del sacrificio que tenían que hacer si no querían renunciar á una paz que desgraciadamente Prusia no podía ni rechazar ni imponer, y procuraron hacer que el rey modificara su opinión, mostrando que el cambio ocurrido en Holanda justificaba una liberalidad que no había parecido conveniente en 8 de diciembre. Decididos los ministros, en principio, á hacer sin compensación el sacrificio de los territorios del Rhin, trataron por los medios más suaves de obtener el consentimiento del rey, para salvar la mayor parte posible del honor del Estado. A fines de enero llegó en Postdam á un acuerdo sobre dos puntos, á saber: no romper las negociaciones por causa de los territorios del Rhin y no turbar la paz general, aun con promesa de indemnización (4).

Goltz y Barthelemy llegaron, el 28 de diciembre y el 12 de enero respectivamente, á Basilea, que era el punto elegido para entablar las negociaciones (5). Estas, que comenzaron oficialmente en 22 de enero, sufrieron una inesperada interrupción por la enfermedad del conde Goltz, que falleció en 6 de febrero. Harnier, que en lugar de este continuó las negociaciones, recibió una carta del rey (15 de febrero de 1795) en la cual se le encargaba que pidiera á Barthelemy una copia del proyecto de tratado, para poder presentar, en el caso de que fuera inaceptable, un contra-proyecto. No le causó sorpresa alguna la contradicción que existía entre las protestas de buena voluntad de la comisión de Salvación pública y las exigencias que formulaba. Sin mengua de su autoridad el rey no podía ser el primero en dar, con la cesión de una parte de sus provincias, el ejemplo de una mutilación del reino. Los territorios prusianos de la izquierda del Rhin no podían tener valor ninguno para Francia si esta no extendía sus fronteras hasta el mismo río. Y como esta cuestión solo podía ser decidida en una paz general, de aquí que hasta entonces

(3) Sorel: *La paix de Bâle*, en la *Revue historique*, VI, página 351.

(4) Véase la carta de Hangwitz, de 27 de enero de 1795, en Ranke, *Hardenberg*, I, págs. 274-275; el *Proyecto de instrucción para el conde Goltz* se encuentra en la misma obra, V, págs. 72-73.

(5) Sorel: *Revue historique*, VI, pág. 340.